



CON HILOS DE

En la región del Masai Mara, 1.200 mujeres han conseguido tener un salario por primera vez en su vida

Nada es fácil en África. En las llanuras pedregosas no hay carreteras o caminos (ni siquiera senderos), pero los Land Rovers, conducidos por guías masai, se abren paso en la sabana. Nuestro destino es solo un árbol: una acacia solitaria que sirve de precaria sombra a un grupo de mujeres masai que han quedado para coser la piel de las sandalias que les mandan desde España.

Cuando nos ven bajar de los todoterreno (con nuestra crema solar, sombreros, ropa de safari y sofisticadas cámaras), las masai sonríen y nos cantan una canción de bienvenida, pero no dejan de coser abalorios. Saben que mañana, jueves, es el día de entrega en el mercado de Aitong y no están dispuestas a desaprovechar el tiempo, ya que han caminado más de tres horas para llegar al árbol desde sus poblados (las “manyattas”) y solucionar sus dudas con las compañeras que tienen más experiencia. “Han elegido este punto estratégico porque si viniera un animal peligroso

podrían verlo desde lejos y tendrían tiempo de reaccionar”, nos cuenta la modelo Eugenia Silva, muy implicada con este proyecto de la marca Pikolinos, del que es portavoz e imagen.

ELLAS CUENTAN. “Es la primera vez en su vida que estas mujeres tienen un salario –explica Eugenia–. Hasta hace dos años, en que arrancó la producción de sandalias, vivían a expensas de que un grupo de turistas se detuviera en su poblado y les comprara sus collares. Pero eso sucedía solo de vez en cuando y nunca durante los meses de lluvias torrenciales, pero ahora es distinto”.

Desde luego lo es para Notapari Kisemei, una de las mujeres más ancianas del grupo, aunque ella, como la mayoría de los masai, no tenga ni idea de cuándo nació. Su rostro está completamente estriado, tiene seis hijos y es viuda, un estatus que siempre había relegado a las ancianas a la indigencia. Sin embargo, ahora ella es una de las líderes. Fue Notapari quien propuso que, con el sueldo





SOLIDARIDAD

gracias a Pikolinos. Hemos viajado a con Eugenia Silva hasta Kenia para conocerlas. POR ISABEL NAVARRO

de las mujeres (unos 100 euros mensuales cada una) se creara un fondo para pagar el médico de los niños. Además, ha conseguido ahorrar y ha montado un pequeño negocio de azúcar. “Si las mujeres tenemos nuestras propias vacas, nuestras hijas podrán casarse con quien quieran”, me dice con ojos vivaces.

En las fotos, es probable que las sonrisas de estas mujeres y el cielo azul sean idílicos pero... dentro de dos horas caerá un chaparrón que anegará la tierra y su vida no es, ni de lejos, tan plácida como sus canciones. Tradicionalmente las mujeres masai sufren la ablación en la adolescencia, dejan de estudiar mucho antes que los chicos y son casadas a los 15 años con quien paga la dote más alta. Además, son ellas las que construyen las casas de adobe, las que crían a los hijos, las que buscan el agua, las que cocinan, las que lavan en el río, las que hacen las artesanías y las venden en el mercado... Y mientras caen cada noche extenuadas, sus maridos y sus hijos deambulan sin más cometido que proteger

la aldea de un peligro abstracto. Los masai siempre han rechazado las prácticas agrícolas porque para cultivar tendrían que vallar y eso supondría una frontera para sus animales, las vacas, que son el centro de su universo. Antes eran nómadas, pastores que se movían con los ganados mientras sus mujeres se quedaban en las “manyattas”. Sin embargo, desde que empezaron a entrar las divisas del turismo, los animales salvajes y su conservación se han convertido en la prioridad. Los terrenos no son de este pueblo en pleigro de extinción (según la ONU), sino de alemanes e ingleses, y el Gobierno ha reducido el pastoreo a la mínima expresión. Se les han limitado sus espacios y ahora los hombres tienen poco que hacer. Muchos masai son “orias” (guerreros) sin ninguna guerra que librar. Solo los más afortunados (los que han estudiado y hablan inglés) pueden trabajar en el turismo, pero muchos de los que han entrado en contacto con el mundo urbano tienen problemas con el alcohol. >>



DEJAR ATRÁS EL RETRASO SIN PERDER LA CULTURA

ESE ES EL RETO PARA WILLIAM KIKANAE (A LA DERECHA CON ROSA ESCANDELL Y SU MUJER LILLIAN). ÉL Y LILLIAN SE ENAMORARON EN PRIMARIA, PERO EL PADRE DE ELLA QUERÍA CASARLA CON UN HOMBRE QUE TUVIERA VACAS Y DINERO Y ÉL NO TENÍA NADA. VENCIERON SU OPOSICIÓN Y HOY ÉL LIDERA SU COMUNIDAD. EN NOVIEMBRE ESTUVO EN NUEVA YORK CON EUGENIA SILVA PARA RECOGER UN PREMIO PARA PIKOLINOS Y NO ABANDONÓ SU INDUMENTARIA MASAI.



Cuando Rosa encontró a William

➔ La historia de Pikolinos en Kenia no se entendería sin Rosa Escandell, una economista experta en inversiones internacionales que llegó a Kenia hace cinco años tras una etapa gestionando microcréditos en Bangladesh. Su idea era trabajar con la Nobel de la Paz Wangari Maathai, pero se cruzó en su vida William Kikanae, un masai tenaz, de mente abierta, líder de su comunidad que le pidió ayuda. “Yo le dije que trabajaría por la autosuficiencia de las mujeres, porque cuando las madres tienen ingresos propios sabes que la salud y la alimentación de toda una comunidad está garantizada”. Rosa



se fue a vivir a la “manyatta”. Plantó su tienda de campaña y allí se quedó: sin luz, sin agua ni asistencia médica. “Muchos niños me tenían miedo porque era la primera vez que veían a una blanca y se reían cuando hablaba con el perro, como si estuviera loca”. Pero había otras

cosas que no eran tan graciosas, desde su desconocimiento de la lengua a los peligros de la sabana: “Me salieron ampollas detrás de las orejas por el sol. A veces no había nada que comer y contraí unas fiebres altísimas por culpa del agua. Creía que me iba a morir. Es



imposible describir el frío que sentía. Me acordaba de mi madre, pero solo tenía la mano de William”. En estos días él vendrá a España por tercera vez. “Le encanta nuestro mundo, pero cuando tiene nostalgia del suyo escucha a las vacas y las canciones masai que lleva grabadas en el

» Rosa Escandell, economista y presidenta de ADCAM (Asociación de Desarrollo, Comercio Alternativo y Microcrédito) conocía bien el terreno y gracias a William Kikanae, pudo convivir con los masai y hacer que el proyecto con Pikolinos tomara forma: “Cuando nos habló del proyecto, nos entusiasmó inmediatamente—recuerda Juan Manuel Perán, vicepresidente del grupo Pikolinos—. La logística es muy complicada y para nosotros económicamente no es rentable, pero sí socialmente. El objetivo es que otras marcas más potentes que la nuestra vean que en África se pueden hacer cosas, pero no instalando una megafactoría para explotar a la gente y alterar su modo de vida, sino respetando los tiempos y la cultura masai”.

EL CALENDARIO. Desde marzo se trabaja con los diseños y los prototipos en España; en verano se hace la formación con las mujeres en la “manyatta” de William (Lillian, su mujer, es una de las maestras); y en septiembre se empieza a distribuir el trabajo por toda la región. Ese es el motivo de que la producción sea corta (10.000 pares al año) y se haga una sola temporada (la de verano), pues en época de lluvias en el parque nacional del Masai Mara la vida se paraliza.

“Que aprendieran me costó muchos viajes y muchas horas de repetir una y otra vez —cuenta Rosa Escandell—. Todavía tienen muchas dudas con los cambios de tallaje pero, para mí, lo más difícil fue que asumieran que tenían una responsabilidad y unos plazos. Al principio, regalamos una vaca a todas las que acababan la producción para incentivarlas, pero este año hemos sido más exigentes”. Las comunicaciones son muy difíciles en la sabana. Con el coche de la “manyatta”, William recoge el trabajo de las que viven en Tanzania, ya que tardarían días en llegar, pero el resto

de las mujeres va al mercado de Aitong a pie recorriendo largas distancias. “Conseguir un coche fue un paso muy importante para el proyecto —explica Rosa— Además, en el poblado (donde viven unas 100 personas) hay una niña epiléptica y un discapacitado mental que se pierde cada dos por tres en el bush (la zona de los leones)... No sabes lo que es irte a las ocho de la tarde por el “bush” a buscar al niño. Aquí pasan cosas increíbles. Iba yo un día conduciendo para llevar a la niña epiléptica al hospital y de repente me encontré con tres mujeres huyendo de un león”. Lo dice riendo, pero reconoce que ha pasado mucho miedo: “Pensé muchas veces en irme, pero cuando he adquirido un compromiso no me puedo echar atrás”.

“EN EL POBLADO HAY UN NIÑO DISCAPACITADO QUE SUELE PERDERSE EN LA ZONA DE LOS LEONES Y HAY QUE BUSCARLO”.

LA ESCUELA. Eugenia Silva también se siente involucrada con el proyecto: “Picolinos no solo da trabajo a unas 1.400 mujeres, sino que las ayuda a tener libertad, independencia económica y seguridad en sí mismas, algo fundamental en una cultura dominada por el hombre”.

Además, las sandalias no solo les permiten tener un salario, sino que los beneficios íntegros de la venta van destinados a proyectos de desarrollo para su comunidad. Con ese dinero se ha financiado la escuela de primaria donde van los niños de la “manyatta”, un colegio gratuito y mixto donde todos tienen las mismas oportunidades. También con los fondos de Pikolinos y otros donantes se han pagado los terrenos de la actual poblado, ya que los masai fueron expulsados del anterior emplazamiento por los rangers de la noche a la mañana (con la excusa de que habían crecido demasiado y obstaculizaban el paso de los animales salvajes). Y todo por unas sandalias... porque, aunque parezca imposible, a veces las cabezas empiezan a cambiar por los pies. »